

history in an Atlantic context. While the two modes of historical analysis are not necessarily mutually exclusive, the emphasis on various levels of context points in the direction of an entangled history, whereby events and processes across the Atlantic are interconnected. But if comparisons are revealed as useful to explicate the background of Cuban slavery in general and the Aponte Rebellion in particular, they also cast doubt upon the crucial importance of some of those contexts. In other words, it remains an open question whether, say, Spain's involvement in Haiti, black militia organization or Cuban racial hierarchy, conditioned the rebellion or were simply part of the historical setting, dramatic yet inconsequential.

Nevertheless, framed in an engaging narrative, the detailed examination of the slaves' African origins and Atlantic experience, revealing mobility and connections across the Caribbean and within Cuba, makes this book a welcome contribution to the study of African slavery in the New World. It merits special attention from anyone interested in the interplay between the global and the local in Atlantic history.

Hillel Eyal

Tel Aviv University

ELÍAS J. PALTÍ: *El Tiempo de la Política: El siglo XIX reconsiderado*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2007.

La historiografía latinoamericana abunda en “reconsideraciones”, especialmente a medida que se acercan los bicentenarios de las independencias. Así como en el Centenario se evaluó si América había logrado parecerse a Europa o los Estados Unidos, concluyendo por lo general que habíamos fracasado, este segundo centenario convoca nuevamente a gobiernos y especialistas para evaluar las supuestas “esencias identitarias” latinoamericanas en función del éxito alcanzado respecto, por lo general, de asimilarse a “los otros”, los desarrollados.

El libro de Elías J. Paltí es una excepción. Su reconsideración toma absoluto sentido no en función de una efeméride, sino de la evolución de la historiografía latinoamericana. Se inserta en una reflexión mucho más profunda que aquella de las efemérides: piensa a América Latina y su posibilidad de pensarse a sí misma desde la evolución que ha tenido la historia intelectual, especialmente aquella que corresponde al siglo XIX.

La reflexión de Paltí surge desde su afirmación del siglo fundacional de las repúblicas latinoamericanas como “el tiempo de la política”, lo cual da el título al libro. Entiende por este tiempo aquél en que deben fundarse, desde la política, las nuevas legitimidades. Así se entronca con lo que ha constituido la temática

de los “revisionistas históricos”, cuyas limitaciones el autor se propone destacar mediante una nueva propuesta. El iniciador de esta tendencia “revisionista” fue Charles A. Hale, en su obra ya clásica sobre el liberalismo mejicano publicada en 1968 (*Mexican Liberalism in the Age of Mora*), influida por la “escuela culturalista” iniciada en los Estados Unidos por Richard Morse, la cual a su vez fue refutada por la tesis del “humanismo cívico” propuesta por Bernard Baylin. De allí surgió el análisis de una matriz de pensamiento que J.G.A. Pocock denominó “republicanismo”, y que aportó a los historiadores de América Latina un marco sustitutivo del liberalismo desde donde pensar el siglo XIX. Apelando a los aportes de la llamada Escuela de Cambridge con Quentin Skinner, al mismo Pocock y a Reinhart Koselleck, Palti propone redefinir el objeto de estudio, alejándose del proyecto de historizar las ideas y proponiéndose reconstruir los lenguajes políticos por medio de la búsqueda de la lógica que los articula. De este modo, Palti postula su alejamiento tanto de los “revisionistas” como de los “antirrevisionistas”.

La obra de Francois-Xavier Guerra resulta clave para el trabajo intelectual de Elías Palti. El aporte de aquél, al romper el esquema tradicional de pensar desde las “influencias ideológicas” que habrían tenido los actores de las Independencias latinoamericanas para centrarse en las condiciones contextuales de enunciación de los discursos, le permitió superar el dualismo clásico entre tradicionalismo español y liberalismo americano, y postular que la vía no evolutiva hacia la modernidad que se dio en América Latina permitió que coexistieran el tradicionalismo social con la modernidad política. No obstante, Palti ve en esta oposición entre modernidad y tradicional el punto débil del análisis de Guerra, ya que, luego de desmontar la antinomia de la llamada “tesis épica” de la Independencia, entre liberalismo americano y atavismo peninsular, habría devuelto al análisis una perspectiva teleológica al construir la oposición entre “liberalismo español (modernista) y organicismo americano (tradicionalista)”.

La propuesta de Palti para romper los marcos teleológicos es rechazar los vínculos entre las “ecuaciones antinómicas”, es decir, entre modernidad y atomismo y entre tradicionalismo y organicismo, y entender que ambas ecuaciones están imbricadas. No existen “tipos ideales” de los cuales los modelos podrían eventualmente desviarse, ya que ninguna formación discursiva es completamente coherente en sus propios términos. En el caso de las primeras formulaciones de los actores políticos decimonónicos esto es especialmente visible, ya que, como señala Palti, junto con refundar la nación se imponían refundar también el idioma que la debía representar. El lenguaje usado por los políticos latinoamericanos no puede ser considerado, señala el autor, como un “atributo subjetivo”; la clave es que no poseían categorías para nombrar un fenómeno que aparecía absolutamente anómalo.

En primer lugar, la ausencia de naciones pre-existentes en América marca una diferencia fundamental con la situación española. La necesidad de crear simultáneamente el orden político y la entidad a la cual éste debe representar, es decir, la nación, desplaza el sentido de la discusión. Por ejemplo, se plantea la disyuntiva de cómo filiar la idea de un poder constituyente en ausencia de un pueblo soberano que legitima los poderes representativos. En consecuencia, para comprender el dilema americano Palti propone, basándose en Koselleck, construir “campos semánticos”, los cuales, articulados entre sí, permiten comprender el proceso de constitución de lo político. El primero está delimitado por las nociones de pueblo, nación y soberanía; el segundo, por las de opinión pública, razón y voluntad general; el tercero, por las categorías de representación, sociedad civil y democracia. El análisis de estos campos permite a Palti mostrar cómo se va rearticulando el lenguaje político a lo largo del siglo y situar la influencia del romanticismo y del positivismo en el proceso de conceptualización tanto de la sociedad civil como de la sociedad política. Todos ellos remiten a lo que Eric Voegelin llama “la articulación de lo social”, es decir, a cómo la “pluralidad de sujetos se reduce a la unidad” y cómo se construye su representación institucional.

El tránsito historiográfico desde la “historia de las ideas” hacia la “historia de los lenguajes políticos”, exige, según Palti, pasar de una historia centrada en los contenidos ideales de los discursos a otra que detecta los núcleos problemáticos que se expresan en el debate político, y que él agrupa en los campos semánticos mencionados. Para la América Latina del siglo XIX, éstos serían la definición de pueblo, con su calificación simultánea como soberano y súbdito, lo que trae como consecuencia la incertidumbre relativa a los fundamentos de la soberanía y la consecuente polémica entre voluntad y razón. Finalmente, el nudo llamado la “paradoja de la representación” remite al problema de la manifestación de la soberanía. El dilema del historiador radica en el modo de confrontar hermenéuticamente estas contradicciones de la política, ajeno completamente a toda visión esencialista, tanto de las ideas como de las culturas locales.

El tiempo de la política es un libro difícil, a ratos críptico. Sin embargo, estas dificultades no lo hacen menos convincente. Si F.X. Guerra fue decisivo en restaurar la historia política latinoamericana, Elías Palti ha dado sin duda un paso importante para re-prestigiar las conclusiones posibles de la historia intelectual y asignar significados a los discursos de los llamados “publicistas” latinoamericanos en relación con sus imaginarios y contextos históricos.

Ana María Stuvén

Pontificia Universidad Católica de Chile